

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

Nuevos datos sobre una estética personal

La historia es la manipulación de lo oculto a términos... más ocultos todavía.

Juan Benet.

«La otra casa de Mazón».

En la presentación de *La otra casa de Mazón* (1), realizada por Torrente Ballester con cariño, desembarazo y buen humor —hasta con una cierta y sensatísima ironía en sus referencias a los telquelistas—, Juan Benet sugirió la posibilidad de que, reconociendo haberse pasado (?), optara por el recogimiento y el silencio. El caso es que, habiéndose pasado o no, los libros publicados por Benet a partir de la concesión del Premio Biblioteca Breve a su novela *Una meditación* han constituido todos ellos otros tantos testimonios de una obra coherente, madura, sólida y de una altura bastante insólita. La sensación vuelve a repetirse con la lectura de *La otra casa de Mazón*, en la que Benet combina sus posibilidades de narrador con las de creador de un diálogo dramático, ya puestas de manifiesto en sus obras de teatro publicadas (2).

Escrita hace algún tiempo (creo que veintidós años exactamente) y reelaborada posteriormente, *La otra casa de Mazón* no transcurre en Región, que aparece, no obstante, como referencia más o menos constante, sino en otro paisaje no menos trágico, denso y brumoso, en el que

(1) *La otra casa de Mazón*, Juan Benet. Seix Barral, 1973.

(2) *Teatro*, Juan Benet. Siglo XXI de España, 1971.

los cortes de exposición y expresión no hallaran otro engarce que el sarcasmo ni otro signo que el estupor.

A través de una entrañable descripción de un paisaje agostado por el tiempo y el paso de sus tenebrosas, tercas e impenetrables maquinaciones —un paisaje que en la prosa de Benet cobra siempre dimensiones orgánicas, participando de los tres reinos con la melancólica vibración de un ciclo derrumbado, cuya vida, cubierta por una hojarasca perennemente otoñal, sólo se manifiesta mediante un ronco estertor—, la tragedia expone poco a poco su escenografía, los téticos rasgos de sus personajes, los cuadros que permiten entrever los contornos de su destino...

El diálogo dramático sitúa alrededor de una partida de parchesi una singular galería de personajes (creando una paradójica tensión entre sus pasiones y su dignidad de cartón) sobre los que se acumulan los jirones de una moral condenada y una ética vencida mucho antes de que se iniciara el relato. La vejación sistemática entre estos fantasmas que aguardan con unción no exenta de terror la aparición de otros que culminen el sentido de la tragedia, constituye la más siniestra parábola sobre el sentido de unas vidas y unos actos, destellados como la esquelética decoración que los ampara, en un marco de referencias tan cercano, que los profundos significados de la farsa nos hacen estremecer.

La farsa construida en esta ocasión por Benet (en la voluntad confesada de confundir los géneros) es tan coherente que no se niega a la creación de unos cuadros cuyo horror —por lo que tienen de premonitorio y simbólico— alcanzan la cualidad de espeluznantes (esas ratas que devoran el sexo de Carlos y los sesos de Eugenio Mazón, esa sexualidad entre el sopor y el espectro que medula la estirpe de los

Mazón) en contraposición con un drama opinado y un tratamiento no por familiar —por cuanto expone el dominio del autor sobre sus más característicos recursos— menos sorprendente.

Nos hallamos ante una obra perfectamente bella, lúcida, irónica, densamente trágica y visceralmente cercana. La lejanía en que Benet se sitúa con respecto a los narradores españoles actuales no sólo significa una mayor calidad (por aquello de que no sólo hay que distinguir lo bueno, sino también lo mejor entre lo bueno, y lo menos bueno de lo bueno y demás), sino también una distinta manera de inmersión en una historia en la que encuentra paralelo con sus mejores exponentes estéticos. La ruta por la que Be-



Juan Benet.

net persigue acercarse a la interrogación hispana quizá parezca, por la resonancia que en su espíritu alcanzan determinados problemas, retórica, y, sin embargo, muestra la pauta para no desdeñar nada de lo que de furia y fragor hay en el corazón del hombre. En este sentido, las implicaciones y significados de la literatura de Benet son múltiples, pues la emoción corre aquí pareja con el placer intelectual, el goce lírico y la percepción puramente emotiva. En Benet no ocurre, desde luego, lo que a uno de sus personajes, que por distraer la razón sólo consigue hacer independiente el apetito.

Volviendo al tema,

explicar las claves de fenomenología religiosa que en el relato de Benet se dan conduciría no ya a una extensión superior a la que esta sección puede cobijar, sino a un ensayo de medio volumen. Sólo una indicación para el lector interesado: Num a, al que la enmarañada e incestuosa trama familiar de los Mazón parece tener por origen, ayuntó con Egeria en las profundidades del bosque Nemi (situación paralela a la descrita en *La otra casa de Mazón*), según nos informa Frazer en *La rama dorada*. Por otro lado, sobre la sanguínea legislación no expresada, que rige los destinos de Mazón, así como sobre la pugna establecida entre el destino y los dioses, hallamos bastante información en los clásicos griegos, y en Shakespeare.

Hay un personaje sobre el que creo útil detenerse, por lo significativo. Me refiero a Yosen, esa especie de osado signo imprecatorio, de conciencia de la venganza y de su inutilidad, esa suerte de ojos y voz y sentido que cubre de ignominia todo el páramo y los elementos naturales que lo decoran. En sus apóstrofes y dicitos, Yosen insulta directamente a la tierra, al agua y a Clara (a quien ama y desea, adquiriendo esta pasión sus expresiones más lacerantes y dañinas), a la que hace símbolo de esa cualidad carnal que constituye la Humanidad y de ese dominio cuyo signo es el doblegamiento. Clara, con los senos al aire, sólo necesita una serpiente para ser la enigmática sacerdotisa minoica, el origen mítico hebreo, el signo oculto y sensual de tanta iconología.

En función de estos datos, podría pensarse que nos encontramos ante una curiosa y sugestiva introducción al universo benetiano (me refiero al libro que me ocupa); yo no diría tanto, pero tampoco lo negaría con denuedo. Ahora, la aventura merece abordarse por el flanco

que el lector considere más cercano o practicable. ■ EDUARDO CHAMORRO.

Sexología

Hay una inflación de libros de sexología en el mundo; es la consecuencia de la rotura de diques de un tema que fue «tabú» y cuya necesidad de información y esclarecimiento comienza a reconocerse. Más vale esta inundación que la anterior sequía. La ola ha llegado a España hace tiempo. Desdichadamente, una gran parte de los libros que se publican sobre el tema están todavía cargados de juicios de valor que tienden a dirigir o controlar la información que pretenden dar. Falta también información española sobre el tema. Hemos dicho ya en estas páginas que el sexo es eminentemente nacionalista, en el sentido de que está sujeto a una importante carga socio-cultural; pero España carece hasta el presente de estadísticas, de estudios clínicos suficientes. Se escribe muchas veces sobre la base de la intuición o de la especulación, como puede ser el caso del profesor López Aranguren en «Erotismo y liberación de la mujer» (1), que es, sobre todo, la palabra de un moralista, de carácter especulativo y político, y que no puede considerarse evidentemente —ni fue esa la intención de su autor— como libro de sexología.

Entre los libros traducidos merece una especial mención «Sobre la sexualidad», de Kahn-Nathan y G. Tordjman (2) como directores de un numeroso equipo de médicos y auxiliares. Especializados en cuestiones de educación sexual, dieron un amplio número de conferencias en cen-

(1) José Luis L. Aranguren, «Erotismo y liberación de la mujer». Ediciones Ariel, Barcelona.

(2) J. Kahn-Nathan/G. Tordjman, «Sobre la sexualidad». Traducción de Josep Verdura. Ediciones de Bolsillo. Editorial Laia, Barcelona, 1973.

tros de enseñanza, escucharon las preguntas de los oyentes, y esas preguntas les indicaron claramente qué es lo que normalmente la gente quiere saber —y especialmente los jóvenes— de los temas de la sexología, y en qué puntos siguen prevaleciendo los mitos, las zonas oscuras, las deformaciones mentales. El libro reúne las exposiciones y, de una manera ordenada y crítica, las preguntas y las respuestas. Pueden separarse en el libro las partes que son estudio y reflexión sobre la tarea propia de los autores, la educación sexual, y las referidas a la materia misma. Se parte en ésta de la anatomía y la fisiología de la sexualidad y la reproducción —pasando por el embarazo—, para llegar y tratar muy abundantemente las cuestiones afectivas; entiendo principalmente que hay una unidad difícilmente dissociable en las condiciones de las sociedades occidentales actuales entre sexualidad y afectividad. Muchas veces se recurre en el libro a la antropología, a la comparación con otras sociedades; hay una importante contribución freudiana y psicoanalítica moderna, un breve estudio de las relaciones sexualidad-sociedad, otro de la procreación y sus interrupciones. Todo está escrito en un lenguaje sencillo, directo y claro, lo cual da a veces una impresión de rotundidad en ciertas afirmaciones o negaciones; más vale así que la confusión que se puede crear por el procedimiento opuesto. Hemos de insistir una vez más en que este libro está realizado en Francia, por sexólogos franceses, con interlocutores franceses, y que, por lo tanto, muchas de las preguntas y respuestas tienen una connotación distinta de la que puede darles un lector español.

Un libro bastante más especializado es «La sexualidad femenina», realizado también en Francia por un grupo de autores guiados prin-